

Guillermo PÉREZ SÁNCHEZ: *Ser trabajador: vida y respuesta obrera (Valladolid 1875-1931)*, Universidad de Valladolid, 1996.

Guillermo Pérez Sánchez comparte —y quién no— que ya pasó el tiempo de la historia de las batallas, que en el caso del mundo del trabajo se convierte en la historia de los líderes, las organizaciones y los conflictos sonados. Ocurre que en el caso español sabemos relativamente poco de líderes y organizaciones obreras y carecemos de nada parecido a la investigación de Edward Shorter y Charles Tilly para Francia. Otros ámbitos (el mutualismo, el intervencionismo estatal...) han gozado de mejor atención historiográfica. Pese a ese estado de las cuestiones, ha llegado a ser un lugar común que es precisa la profundización en el conocimiento de las clases trabajadoras, entendidas en sentido extenso frente a las minorías politizadas/organizadas/conscientes. A esa tarea nos hemos lanzado un puñado de (más o menos) jóvenes historiadores, la primera generación formada en la democracia, siguiendo los pasos de la última de la dictadura (los Juan Pablo Fusi, Manuel Pérez Ledesma, Santiago Castillo, Luis Castells, Pere Gabriel...), que a su vez siguieron sin escatimar la crítica los de Manuel Tuñón de Lara.

Debido a que las investigaciones como la que nos ocupa son primerizas, y debido también a la articulación político-territorial española, los estudios se han fragmentado en lo espacial. Está pendiente la tarea de unificar los hallazgos de una serie de estudios locales. Mucho nos tememos que ésta no sea labor de un doctorando. Lo anterior no impide que dichos ejercicios de historia local demuestren un saber certero de las visiones generales, aún pendientes de ese contraste de vuelta, del mundo obrero español durante la Restauración. Guillermo Pérez Sánchez, ambicioso, ha asumido, en sus propias palabras, «un estudio de historia social que, partiendo de la diversidad local y regional, intenta reconstruir la historia

nacional». En ese sentido, ha estructurado su obra en dos grandes apartados, además del metodológico: los referentes al mundo de los trabajadores españoles de la Restauración y a la ciudad de Valladolid.

Esta responde al concepto de *ciudad levítica* acuñado por Antonio Rivera para describir el proceso histórico de Vitoria en una cronología similar. En esencia, una ciudad de interior, con un componente social no trabajador mayoritario (funcionarios, clérigos, militares) y refractario a los aires del progreso. Valladolid, cabecera regional, resulta menos levítica que Vitoria. Según Pérez Sánchez el 40% de su población activa se ocupó en el sector secundario, fundamentalmente artesanal. La población pasó de 43.000 almas en 1863 a 91.000 en 1930, un crecimiento ajeno a la espectacularidad de las áreas industriales vasca y catalana pero de dimensiones en absoluto despreciables.

El historiador centra el nivel de vida de las clases trabajadoras como objeto de la investigación. Para ello selecciona los siguientes indicadores. 1.º precios y salarios, 2.º alimentación, vestido y enfermedades socio-profesionales, 3.º vivienda, 4.º previsión social (seguros de vejez, maternidad y accidentes de trabajo), 5.º condiciones de trabajo (salario, jornada y accidentes), 6.º escolarización y alfabetización y 7.º vida cotidiana (familia, ocio). Posteriormente complementa tales informaciones con un acercamiento a la organización obrera local y su evolución, distinguiendo entre organizaciones socialistas y católicas.

Como solución a la tantas veces mencionada carencia de fuentes estadísticas regulares y creíbles, Guillermo Pérez Sánchez utiliza las fuentes estadísticas locales disponibles —municipales y/o provinciales— y emplea con inteligencia fuentes cualitativas. Demuestra un conocimiento exhaustivo del diario *El Norte de Castilla*. Para el seguimiento de los salarios elabora índices de salarios nominales del Ayuntamiento y de los talleres de reparación de la compañía ferroviaria del Norte, la mayor empresa industrial ubicada en la ciudad. Para el de los precios superpone informaciones de muy diversas procedencias. Contrastados ambos concluye, en la línea de lo avanzado por Alvaro Soto Carmona para el conjunto de España, que los salarios evolucionan con más estabilidad que los precios. Distingue el período 1875-1910 de uniformidad y mantenimiento del poder adquisitivo, el período 1910-1921 de pérdida de dicha capacidad y el decenio 1921-1931 de lenta recuperación.

La base de la alimentación popular vallisoletana fueron el pan, las legumbres y el vino, con escasa presencia de pescado como corresponde a su posición geográfica. No rompe, por tanto, la tónica española. Sí la rompen, precisamente por la geografía, con sus crudos inviernos, las enfermedades principales, las del aparato respiratorio, además de la omnipresente tuberculosis. En Valladolid también se deterioraron las condiciones de habitación en las barriadas populares favoreciendo las epidemias, singularmente las clásicas del cólera de 1885 y la gripe de 1918. La alternativa local y semiclandestina al déficit de vivienda fue la casa molinera, de un solo piso, que conoció un auge extraordinario en el primer tercio del siglo XX. Las carencias higiénicas y de alfabetización equiparan a Valladolid con las medias españolas.

Habiendo experimentado en carne propia las dificultades de un estudio de las características del de Guillermo Pérez Sánchez, sólo podemos congratularnos de

sus resultados, por lo que contribuyen a un mejor conocimiento de las clases trabajadoras, cuando la historiografía las da por abordadas y se decanta por las élites y las clases medias. Quisiéramos, con todo, poner unos peros. Echamos en falta una tipologización, siquiera mínima, dentro de las clases trabajadoras, a efectos de sus repercusiones en un concepto tan fluctuante como el de nivel de vida. Creemos, por otra parte, que el historiador se contagia del espíritu de las fuentes al tratar la beneficencia pública, la previsión patronal o las escuelas dominicales, obviando lo que representan en cuanto a una ideologización premeditada, además de como servicio material. ¿Tendrá algo que ver, nos preguntamos, con el éxito de las organizaciones católicas, por ejemplo en el ferrocarril? Nos resistimos a argumentaciones del tipo «el trabajo de hombres, mujeres y niños por la supervivencia les impidió gozar de la plenitud de la vida familiar», pero entendemos que es difícil superponer el estudio de lo socio-económico al de lo socio-cultural. Hay tiempo.

Rafael Ruzafa

ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: *Familia, Trabajo y Reproducción Social. Una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del Antiguo Régimen*. U.P.V./E.H.U., Bilbao, 1996.

No se puede decir que sea precisamente nueva la preocupación que la historiografía occidental viene mostrando por ahondar en el conocimiento de los mecanismos ligados a los procesos de crecimiento y desarrollo, su estructura interna, su dinámica evolutiva, los factores que concurren en ésta, o las razones que pueden llevar a explicar los cambios que les afectan. La historiografía vasca del último cuarto de siglo no ha sido ajena a este interés.

El trabajo que nos ocupa participa de esta preocupación y lo hace de manera expresa, consciente de la validez de este tipo de aproximaciones, incluso de su necesidad. La autora se plantea este reto en el contexto preciso de la Vizcaya que se sitúa a las puertas del complejo proceso de su modernización. Pretender ahondar en los orígenes de la moderna sociedad industrial vizcaína supone un ejercicio intelectual ligado a la reflexión en torno al crecimiento y desarrollo de esa sociedad en los dos últimos siglos. Exige, paralelamente, ahondar en el análisis de los procesos y mecanismos de transformación progresiva de unos modelos rurales previos que habían ido fraguando a lo largo de casi un milenio de historia.

En este contexto, la obra trata de huir de determinados estereotipos instalados, con desigual fuerza, en nuestra historiografía. Perfectamente conocedora de la bibliografía más reciente en torno a la realidad vizcaína, M. Arbaiza se propone huir de referencias que se expresen en términos tan genéricos como «lo vizcaíno» o «lo vasco». Con ser pequeña Vizcaya y tampoco demasiados los vizcaínos de aquel momento, constata la necesidad de superar visiones uniformistas y estáti-